

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—EL DULCE NOMBRE DE MARIA, poesía por D. José María de la Torre.—EL ASNO COJO, novela original por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—GEROGLÍFICO.

REVISTA DE TEATROS.

Fin de las tareas del Principal.—Principio de las del Balon.

La compañía dramática del Principal ha dado punto á sus funciones en la anterior semana. Contenta debe de haber quedado de un público que constantemente la ha aplaudido y constantemente ha llenado las localidades del coliseo, y eso en el rigor de la canícula, y eso en un teatro de ventilación punto menos que nula. Esto indica que el público á su vez ha quedado contento de la compañía, y deseoso por tanto de volverla á oír; cosa que es de esperar se verifique tan pronto como lo permita su actual compromiso de Sevilla. Parece indudable que entre tanto tendremos aquí una buena compañía italiana, de la cual formarán la base la Señora Peruzzi y el Sr. Selva, artistas que tan excelentes recuerdos nos dejaron.

Mientras esto se verifica, volvamos los ojos atrás y digamos alguna cosa de las últimas funciones ejecutadas bajo la dirección del Sr. Romea.

Un drama, *pur sang*, y otro que solo lo es en las formas, pero tragedia en la esencia, se han puesto en escena durante los pasados dias. El primero es *El Campanero de San Pablo*, conocido hasta la saciedad, obra de interés y de inverosimilitud como casi todas sus hermanas de género, obra en que el autor, á trueque de presentar un efecto, no se para en barras ni escrupuliza en los medios; obra, en fin, cuyas condiciones de éxito no está en las reglas convencionales de los preceptistas clásicos, y que á pesar de lo cual cautiva la atención de los públicos todos ante quienes se presenta.

La segunda, *Los hijos de Eduardo*, está muy bien escrita en su original y muy bien traducida al castellano. En ella un actor del mérito del Sr. Romea puede hacerse aplaudir estrepitosamente,

SETIEMBRE.

porque el carácter del astuto y sanguinario usurpador le da ocasión para presentar admirables rasgos en los que se descubre al eminente artista. Sin embargo, no hay poder en la ejecución, por grande que sea, capaz de atenuar el horrible efecto de la última escena, y no hay cabellos que no se erizen de espanto al ver á aquellos barbudos asesinos perseguir puñal en mano á dos niños inocentes que corren despavoridos y cuyos gritos desgarran el corazón. Gocen á su manera en tan repugnantes espectáculos los hijos del nebuloso norte; esos de quienes decía un hombre célebre que era necesario desollarlos vivos para hacerles sentir cosquillas; pero nuestros públicos son de otra tela harto menos burda, y la sensación que les producen tales cosas es demasiado punzante para dejarlos aplaudir de buena gana.

De una y de otra obra, como ya conocidas aquí de antiguo, no tenemos que ocuparnos hoy, puesto que ya lo hicimos en tiempo y lugar convenientes; pero no se halla en el mismo caso *El Hombre importante*, comedia del Sr. Serra, desconocida para nosotros, y á la que de muy buena gana perdonamos los defectos que notaremos en el plan y conducta, en gracia de lo mucho que nos hizo reír.

¿Pero quién es ese *hombre importante* que allí se nos presenta? ¿Cuáles son los medios de su importancia?—Vamos á verlo.

D. Juan es el tipo mas acabado de la desidia y de la incuria, es la flojedad personificada. Duerme catorce horas al dia, y las otras diez dormita en la butaca. Ya se puede suponer que es rico propietario, porque de otro modo se hubiera muerto de hambre muchos años antes de aquel en que se supone la accion.

Veraneaba en un pueblo de la Alcarria en compañía de su mujer, de dos cuñados, varon y hembra, y de un suegro tonto, y allí maldito si se cuidaba de la patria ni del mundo entero, cuando los electores de aquel distrito tuvieron la triste ocurrencia de comprometer sus votos á un candidato rechazado por el gobierno. ¿Qué hacer pues para frustrar las esperanzas del opositor en ciernes? Buscar otro que no lo fuese, aunque tampoco fuese nada. Entonces se le ocurrió á un tío del D. Juan, hombre muy de pró y alto personaje político, hacer que este fuese nombrado, y un oficial del gobier-

no de la provincia corre al distrito con plenos poderes, y por contera con una orden en el bolsillo en la que se le conmina con la destitucion si no triunfa el candidato por el que se le manda trabajar. En vano D. Juan se opone, en vano ruega: el oficinista, al que va en ello su empleo, no le hace caso; trabaja con ahinco, y á poco vuelve á dar al agraciado la para él infausta nueva de haber vencido en las urnas. Quiere entonces dimitir, pero es imposible. Su mujer aspira á un ministerio, la cuñada desea una colocacion para su novio, el cuñado solicita un destino, el suegro, que toma rapé, pide la direccion de estancadas, y un elector palurdo exige por premio de su influencia el que hagan sargento á un sobrino suyo, cabo de caballería.

D. Juan no sabe resistir. Acepta el cargo con toda la resignacion forzada del que llevan á ahorear.

Su tio, sin embargo, que ha pensado hacer de él contra su voluntad un hombre importante, lo abruma con datos y observaciones relativas al distrito, y aunque él rarísima vez va al congreso, acierta á hallarse allí cuando uno de los ministros habla del presupuesto de la provincia que representa. Una interrupcion casual que aquel discurso le arranca se toma por deseo de hablar, y á la fuerza le dan la palabra, ni mas ni menos que al neófito de la comedia *Las capas*. Habla nuestro hombre, pero con tal fortuna por lo visto que lo tienen por una notabilidad parlamentaria. Desde aquel punto las fracciones todas del congreso se lo disputan, es invitado á cierto *The dansant* donde se reunen las eminencias todas de la política, y concluyen por ofrecerle una cartera ministerial, que él rehusa no menos por pereza que por conviccion de su incapacidad. Los ministeriales se alarman de esta negativa creyéndola señal de ruptura, la oposicion cobra ánimos nuevos juzgando tener de su parte tan poderoso adalid, y al cabo para conjurar la tormenta el ministerio le hace proponer pactos, mediante los cuales él marchará al extranjero pidiendo en cambio lo que guste. D. Juan, que no desea otra cosa, exige sean colocados su suegro, su cuñado y el novio de su cuñada, y se prepara á ponerse en camino para París, altamente sorprendido de aquella efímera importancia que no acierta á explicarse.

Si aquí prescindimos absolutamente, no ya de la verosimilitud, sino hasta de la posibilidad misma, nos quedaremos con no pocas situaciones en extremo cómicas, y con una lluvia de chistes de buen género y oportunos, capaces de hacer reir á la estatua misma de la sociedad. El Sr. Serra no se ha desmentido aquí por cierto. Lástima es que en el tercer acto no haya podido sostenerse á la altura de los dos primeros; pero así y todo su comedia es una agradable cosa, sobre todo interpretada como lo fué por el Sr. Romea, en el único papel verdaderamente de empeño de la obra. Sin embargo, fué muy bien secundado por la Srta. Berrobiano y por los demás que en la misma tomaron parte.

Las demás funciones eran ya repetidas; pero no por eso fueron menores los aplausos, en especial en el beneficio de la expresada dama jóven y en la noche última en que trabajó la compañía. Aque-

lla despedida fué una ovacion que Cádiz consagró al talento artístico.

El Balon inauguró sus tareas con D. Tomás, donde fué muy aplaudido y con justicia el Sr. Sanchez Albarran. Faltaban aun sin embargo algunas de las principales partes, que en verdad son muy necesarias para establecer un orden conveniente de trabajos. Entonces cada cual ocupará su puesto, y si algo falta en el cuadro podrá completarse. Por aquella sola funcion no es posible aun calcular nada definitivo.

La linda Luisa Medina nos dió un excelente rato en el conocido y aplaudido baile *La Granadina*, que ejecuta con tanta gracia como agilidad.

Tenemos entendido que hoy Domingo, aprovechando el interregno del Principal, dará en él un espectáculo de prestidigitacion el célebre escamoteador Macaluso, que acaba de llegar de Tetuan donde ha trabajado con gran placer de los cristianos y singularísimo asombro de los moros.

¿Qué darian estos por aprender á sacar, como Macaluso, napoléones de la luz de una vela? He aquí un modo fácil de pagar la indemnizacion.

Por lo demás, el arte del escamoteo en grande escala tiende á ser el arte de la época. Los ensayos en este género que han principiado á practicarse en algunos puntos de Europa comienzan á dar resultados sorprendentes.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

La circunstancia de solemnizar la Santa Iglesia el dulce y venerando nombre de María, nos obliga á dar hoy cabida en las columnas de *La Moda* á una tierna, elegante é ingeniosa poesia, dedicada á cantar las glorias de tan sublime objeto. El señor don José María de la Torre, su autor, es sobrada y ventajosamente conocido por sus trabajos poéticos de mucho mérito, así como por su "Filosofía del sentimiento y de la razon."

EL DULCE NOMBRE DE MARIA.

1.

El nombre celestial gozoso canto
De la Madre de Dios cándida y pura:
Mi voz bendice su divino encanto,
Sus virtudes, su amor y su hermosura;
Pues que al profundo infierno puso espanto,
¡Oh prenda soberana de natura!
Llenando el universo de armonía,
El Dulcísimo Nombre de María.

2.

¡Oh tú, la Virgen de virtudes llena!
 Virgen por excelencia sin pecado;
 Mas limpia que la cándida azucena
 Que de perlas la aurora ha coronado.
 ¡Oh tú, de oro divinal cadena,
 Que la tierra y el cielo has estrechado!
 Dame ensalzar en tan dichoso día
 Tu Dulcísimo Nombre de María.

3.

Pura en la mente del Autor Divino
 Antes que el cielo á su poder surgiese,
 Pura fuiste en el claustro purpurino
 Antes que tu beldad resplandeciese.
 Y para que triunfando tu destino
 Colmara tu pureza y recibiese
 Galardon al nacer, te revestia
 El Dulcísimo Nombre de María.

4.

¡Quién es esta escojida, luz temprana,
 Paloma sin mancilla, clara fuente,
 Aura fragante de vernal mañana,
 Y luna llena en celestial oriente?
 Es su nombre *Señora y Soberana*,
 También *del mar estrella* refulgente,
 Y es la joya del alma y la alegría
 Su Dulcísimo Nombre de María.

5.

Mirad del iris bello los colores
 Que abrillantan las perlas del rocío:
 Oled el rico aroma de las flores
 Que esmaltan la pradera y bosque umbrío:
 Oid de los melíferos ruiseñores
 Las quejas en amante desvarío....
 Pues es mas grato y bello al alma pía
 El Dulcísimo Nombre de María.

6.

La Gracia infundió en tí puros raudales
 De luz vívida, al par que engendradora,
 Y dió á tu seno gozos maternos
 Sin dejar de ser Virgen, gran Señora.
 Los eternos decretos divinales
 De amor estremecida, tu alma adora;
 Pues proclaman al mundo la valía
 Del Dulcísimo Nombre de María.

7.

Madre exhalada en virginal cariño
 Cobijó tu regazo muellemente
 Al infante Jesús, al tierno niño
 Desnudo, nuestro Dios omnipotente!
 Y en tanto que de púrpura y armiño
 Revestidos los reyes del oriente
 Le adoraban, el niño bendecía
 Tu Dulcísimo Nombre de María.

8.

Tú el gran misterio revelaste al mundo
 Con tu maternidad del UNO y TRINO:
 Misterio de misterio tan profundo
 Cual su amor hácia tí, santo, divino:
 Misterio de un amor siempre fecundo,
 Que enlaza, estrecha y une de continuo
 El hombre á Dios. Bendito! madre mia,
 Tu Dulcísimo Nombre de María.

9.

Oh! ¡cuánto de dolor en este suelo
 De tanto amor en premio recibiste!
 Oh! ¡cuánto de amargura y desconsuelo
 Colmado el cáliz apuraste triste!
 Con ser Madre de Dios, Reina del cielo
 De la tierra é infierno padeciste
 Tanto, que en tu sentir ni aun existia
 Tu Dulcísimo Nombre de María.

10.

Pero el Señor fiara á tu pureza
 El superar los plazos de la muerte;
 Y tu maternidad vírgen la alteza
 De alcanzar el perdon tuvo por suerte:
 Pues el perdon y el cielo, en su grandeza,
 Para el hombre en la cruz quiso ofrecerte;
 Grandeza que heredó de su agonía
 Tu Dulcísimo Nombre de María.

11.

Así fuiste la madre cariñosa
 Y refugio y amor de pecadores:
 Enhiesta palma de virtud gloriosa;
 Virtud que torna en gozo los dolores;
 Alma de la inocencia venturosa,
 Y esperanza inmortal de los favores
 De la eterna Verdad. Tal es la vía
 Del Dulcísimo Nombre de María.

12.

Y Reina de los ángeles y coros
 Divinos tambien fuiste, Virgen santa;
 Reuniendo en tu pureza los tesoros
 De mas alto valor por virtud tanta:
 Que Dios formó de tus sentidos lloros
 La fuente perenal y sacrosanta
 Do la culpa arrojar, que lavaria
 Tu Dulcísimo nombre de María.

13.

Fino sudario tu potente nombre
 Enjuga gruesas gotas de amargura,
 Que lacerado el corazon del hombre
 Destila triste en su mortal natura.
 Mas, ¡qué mucho, Señora, que te nombre
 Su Reina y Soberana, Virgen pura?....
 ¡Dios en su trono coronado habia
 Tu Dulcísimo Nombre de María!

14.

Por eso cuando en nube de alta gloria,
Que el luminoso espacio iba rompiendo,
Tu corona ostentando de victoria,
Dejaste sin tí el orbe el luto horrendo:
Y cuando pura tu inmortal memoria
El fuego de tu amor quedó encendiendo,
La humanidad doliente repetía
El Dulcísimo Nombre de María.

15.

Y las almas gozosas y triunfantes,
Que la cárcel del cuerpo abandonaban,
Entre tus coros cándidos y amantes
Ascendiendo, tu *cántico* entonaban.
Y las almas, tal vez, de amor fragantes,
Que á este valle de lágrimas bajaban
Al cielo tornan, que el amor las fía
Del Dulcísimo Nombre de María.

16.

Oid: "Señor, mi alma te engrandece.
"Mi espíritu se goza en tí, Dios mío!
"Mi bajeza en el cielo resplandece:
"Al soberbio esparció del poderío
"Del pecho. Los humildes enaltece;
"Henchí al pobre, y el harto fué vacío."
Así ensalza la célica armonía
El Dulcísimo Nombre de María.

17.

Tú, creación perfecta de la mano
Del que ES eternamente para amarte:
Humanidad divina, que el cristiano
Adora hasta por gloria de adorarte:
Oye, desde ese cielo soberano,
Do tus coros no cesan de alabarte,
Mi suspiro de amor, la oración mía
Al Dulcísimo Nombre de María.

JOSÉ MARÍA DE LA TORRE.

EL ASNO COJO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

—Y dónde está Juan?
—En el ejército.
—Pues bien; es necesario que esta noche aparezca en Madrid.
—Cómo!
—Entendámonos: cuando el muchacho era estudiante hubo de ver por las lumberras de las guardillas á Angela.
—Es verdad.

—Eran los dos niños, y sin consultar la distancia real que los separaba, se amaron.

—Es verdad; pero excitó la ambición de Juan y le envié al ejército.

—Sí; pero entre tanto se han escrito; Angela ha crecido y no ha olvidado sus primeros amores; al contrario, entusiasta como la hermana de su madre, ha deificado ese amor, y profesa una verdadera pasión á Juan. Lo sé todo, porque celoso siempre, lo he expiado. Es mas; he favorecido indirectamente ese amor, porque no teniendo hijos, he pensado alguna vez expiar mis faltas uniéndolo á Juan con su prima Angela.

—Y en la presente ocasión ¿para qué nos sirven esos amores?

—Oh! para mucho. Campomanes fué grande amigo de Campo-Rojo, con quien además le ligaba un remoto parentesco. Campomanes es uno de esos hombres de corazón que nunca olvidan á sus amigos, y si se le dijese que aquí estaba enfermo, moribundo el hijo de Campo-Rojo, vendría, sí: indudablemente vendría.

—Pero las pruebas.

—He aquí los documentos que prueban la identidad de Juan, contestó el conde sacando de uno de los bolsillos de su casaca un legajo. He forjado una historia, que aunque novelesca, creará el conde. Ahora bien; se le remiten estos papeles, citándole aquí para esta noche á las doce.

—Pero....

—Déjame concluir. Hace algun tiempo que Angela no recibe como antes cartas del ejército; que ignora lo que ha sido de Juan.

—Y bien....

—Se la escribe otra carta semejante á la del conde. El amante moribundo que no puede por lo tanto escribir, la avisa su regreso á Madrid, y las imposibilidades que ha tenido para verla; desea que en sus últimos momentos esté á su lado, y se vale para mensajero de un amigo.

—Angela no vendrá.

—Todo lo arrastra una muchacha apasionada. Además, acabo de verla, y la he dicho que no me espere esta noche, porque me ocupan asuntos de interés. No teniendo quien se lo estorbe, vendrá.

—Nada comprendo aún.

—Pues yo lo entiendo perfectamente. Campomanes y Angela vienen aquí por un mismo motivo y á una misma hora. Entonces me presento yo con algunos testigos. Fijo enfurecerme, insulto al conde, le llamo seductor, y le pido una satisfacción; si me la niega, en un raptó de furor le mato y todo está concluido: yo me encargo de las consecuencias.

—Muy bien pensado está eso, señor, dijo Pedrillo: todo se reduce á prestar á V. E. mi casa.

—Y á ayudarme en un caso.

—Ayudaré á V. E.

—Pues bien, estamos convenidos, dijo el conde; aleja á los tuyos, y que nadie pueda ser testigo de lo que ha de pasar aquí.

—Perdone V. E., dijo Pedrillo al conde que se dirigía á la puerta; pero aún falta algo: yo soy un

pobre diablo y V. E. un gran señor; como hemos unido nuestras existencias para el crimen, unámonos para la horca; nada haré si no me entrega V. E. un documento en que me mandeis matar á Campomanes.

—¿Cómo!

—O no cuente V. E. conmigo.

Campo Rojo conoció que nada conseguía negándose y escribió en un papel que le mostró Pedrillo.

"Es necesario que muera el fiscal del consejo de Castilla D. José Moreno conde de campomanes. Firmado."

"Conde de Campo Rojo. A 31 de marzo de 1768."

Luego dobló el papel y en el reverso sobre el escrito puso:

"A Pedro de las Heras, antes mi mayordomo y ahora ciego violinista, calle de Atocha, núm. 120, guardilla."

—Estamos conformes: este papel á entrambos nos compromete, y estoy seguro que V. E. por sí mismo tendrá gran cuidado en que este asunto no transpire.

El conde tenía fiebre; sus ojos extraviados tenían la expresión de una desesperación insensata.

—Adios, dijo al fin á Pedrillo: te dejo mis pistolas para un lance extremo.

Y se dirigió á la puerta.

—Espere V. E., señor conde, y le alumbraré; la escalera es alta y está muy oscura.

Poco después Pedrillo y el conde bajaban la escalera.

Entre tanto Juan salió de su escondite, buscó á tientas la mesa, tomó de sobre ella las pistolas, y se sentó en el sillón de vaqueta que había ocupado Pedrillo.

CAPITULO IV.

REVELACIONES.

Cuando Pedrillo volvió, aseguró la puerta por dentro, y tan turbado estaba que no reparó en Juan hasta que llegó junto á la mesa.

Primero sus ojos lanzaron un relámpago mirando al joven. Luego la calma mas profunda dominó en su semblante, y se dirigió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Juan! ¡hijo mío! ¡querido mío! le dijo.

—Apártate, miserable, contestó el joven: no me toques con tus manos de asesino si en algo aprecias la vida.

—Con que lo sabes todo, gritó abandonándose á su rabia Pedrillo. ¡Oh! peor para tí, porque ese secreto te va á matar. Y sacó un largo puñal de debajo de su opalanda de mendigo.

—Ríndete, infame, gritó Juan armando una de las pistolas.

Pedrillo rugió.

—Dame los papeles que acreditan mi nacimiento. Pedrillo se hizo atrás.

—Dame esos papeles, repitió el joven ganando el terreno que Pedrillo perdía.

En los ojos de Juan brotaba la sangre; la deci-

sión de matar estaba pintada en ellos, y Pedro puso los papeles sobre la mesa.

—Ahora arrójate al suelo.

—¿Qué quieres hacer conmigo, Juan?

—¿Qué? ¡entregarte á la justicia, infame!

—Harás mal, porque yo puedo decirte todo lo que sé acerca de tu estado.

—Habla.

—Pero para ello es necesario que me ofrezcas no entregarme á los tribunales.

—¡Habla! tú fuiste criado de mi padre.

—Lacayo, contestó Pedrillo sentándose con impudencia sobre el arcon; hace de esto veinte años, y tú tenia cuatro; Teresa acababa de nacer.

Por aquel tiempo entraba en la casa D. Juan de Haro; concurrían los condes de Campomanes, de Aranda y el marqués de la Ensenada, todo lo mas rico y noble de la corte; tu madre era hermosísima y tenia muchos adoradores; pero ninguno pudo jactarse de haberla debido una mirada, una sonrisa ó una señal de inteligencia.

Sin embargo, D. Juan de Haro se apasionó frecuentemente de ella; pero concibió que nada conseguiría alarmando la virtud de tu madre, y meditó un proyecto de éxito seguro.

Un día me encontré en la plaza Mayor y me llamó. Llévome á una taberna y subió conmigo á un aposento retirado que cerró cuidadosamente.

—Tú eres muy pobre, me dijo.

—Si señor, muy pobre, le contesté; no tengo mas que mis brazos.

—Pues bien, yo puedo darte lo suficiente para que no trabajes mas.

—Gracias, señor, le dije; pero V. E. necesitará algun gran servicio de mi parte en cambio de esa protección.

—Poca cosa, contestó mirándome fijamente y sacando del bolsillo un papel doblado: todo se reduce á que eches estos polvos en el chocolate que sirvas esta tarde á tu amo.

Te confieso, Juan, que me enternecí.

—¿Y para qué son esos polvos?

—Para que duerma, contestó roncamente.

—No lo haré, dije levantándome.

—Bien, añadió, yo creí que esto no te vendría mal; y me enseñó un bolsillo de seda, entre cuyas mallas relucían multitud de onzas de oro.

Confieso que no tuve valor para salir de allí, y me senté de nuevo. La vista del bolsillo me fascinaba: yo era pobre; estaba reducido á la servidumbre, y por hacer dormir á un hombre me hacían rico. Yo en verdad no creía que se trataba de asesinar á tu padre, sino de proporcionarse algunos momentos de libertad con tu madre. El oro me fascinaba mas á cada momento, y puse mi mano derecha sobre el bolsillo y la izquierda sobre el papel.

—Aun no, me dijo aquel hombre fatal sacando papel y tintero de su bolsillo, antes es preciso que escribas aquí.

—¿Y qué he de escribir?

—"Declaro haber compuesto con ciertos polvos

el chocolate que he servido hoy al señor conde de Campo Rojo."

—Pero ya ve V. E., le contesté, que me expongo á una desgracia.

D. Juan de Haro dejó caer su mano significativamente sobre el bolsillo.

El demonio de la codicia me embriagó, tomé la pluma, escribí y firmé; D. Juan de Haro tomó el papel, me entregó el bolsillo y me dijo:

—Si no haces esta tarde lo que hemos convenido, mañana te entrego á la justicia; pero si lo haces, te doy otro bolsillo mayor que ese.

Yo no sabia lo que me acontecía; sentí miedo, y pedí un vaso de aguardiente; entonces me sentí mas resuelto y me decidí.

Era ya cerca de oscurecer y fui á casa de tu padre; bien pronto me pidió, como de costumbre, el chocolate.

Si no hubiese bebido, de seguro hubiera reflexionado; pero no fué así: los polvos cayeron en el chocolate y tu padre bebió.

Una hora despues, todos estaban consternados; el conde habia caído de su sillón muerto de repente, como si le hubiera herido un rayo.

Los médicos, ó estaban comprados, ó no conocieron los efectos del veneno, pues dijeron que habia muerto de una congestión cerebral.

Todo concluyó; tu padre fué enterrado con la pompa que pertenecía á su clase, y los salones se cerraron para todo el mundo, excepto para don Juan de Haro, uno de los mas próximos parientes de tu padre, y su heredero á falta de sus hijos.

Tu madre estaba sumida en la mas horrible desesperación, y en vano se esforzaban por consolarla su hermana doña Juana, madre de Angela, que entonces era una niña casi de la misma edad que tu hermana Teresa.

Así pasaron tres meses. Al fin de ellos, un día don Juan de Haro me llevó á la misma taberna donde habíamos estado anteriormente, y me ofreció otro bolsillo si os robaba á vosotros dos, únicos herederos del conde, y os arrojaba á la inclusa de Toledo. Cuando se ha dado el primer paso, se da con facilidad el segundo; tres días despues fuisteis arrebatados por mí del lado de vuestra madre, pero no me atreví á abandonaros. Con el dinero que ese hombre me ha dado, me dije, los educaré; los haré pasar por mis hijos, y al menos no serán expósitos.

Juan escuchaba con una atención terrible á Pedrillo; sus labios descoloridos temblaban: el miserable, á pesar de su impudencia, tenia miedo.

—Y qué fué de mi madre? preguntó con acento breve y opaco á Pedrillo.

—Segun pude saber cuando volví á Madrid, obligada por los asiduos cuidados de don Juan de Haro, que habia heredado al conde á falta de sus hijos, que se creían muertos ó perdidos, se habia unido á él. El resultado que este enlace tuvo lo has oído de su misma boca; y á mí me debes el ser rico y estar en posición de vengar á tu padre: cosa que hubiera sido para tí siempre un misterio, si yo te hubiera expuesto en la inclusa de Toledo.

—Pero me enviaste á la muerte, miserable, sufriendo cuando mi amor, amor providencial por cierto, me hizo pensar en buscar la fortuna en campaña; me viste miserable, sufriendo, reducido al pan de la miseria sin conmoverte ni arrepentirte: has entregado al trabajo penoso de las mujeres desvalidas á mi pobre Teresa, á la hija de tu señor á quien habias asesinado, y sabe Dios lo que habrá sido de ella en ese círculo de corrupción que rodea á las jóvenes hermosas y pobres en Madrid. Has hecho un comercio vil con la sangre de los míos, y esto no puede quedar impune.

Pedrillo, á pesar de su insolente serenidad, se puso pálido como un cadáver.

—Por ahora lo que necesito es asegurarte, dijo el joven buscando un sitio donde encerrar á Pedrillo; y te aseguraré, sí; añadió reparando en el arcon de las provisiones; abre ahí.

—Juan!

—Abre, gritó el joven, amartillando una pistola. Pedrillo se levantó y abrió el arcon.

—Ahora entra.

Pedrillo comprendió que toda resistencia era inútil, y entró.

Juan dejó caer sobre él la tapa y cerró.

En aquel momento se oyeron pasos en la escalera y llamaron á la puerta de la guardilla.

CAPITULO V.

EL FABRICANTE DE MONDADIENTES.

Juan abrió la puerta, y entró un joven como de diez y ocho años envuelto en un manto de estudiante, raído hasta el punto de ser el *fac-simile* de una tela de araña, y cubierta la cabeza con un sombrero, que un tiempo, segun vestigios, debió de ser de tres picos, pero que entonces habia quedado reducido á un casquete mugriento. Este equipaje destilaba agua por todas partes, en atención á estar lloviendo de una manera ruidosa.

En el semblante de este joven, en que la miseria y las privaciones habian respetado la nobleza y la hermosura, se notaba un desaliento profundo. Sus ojos miraban y no veían; sus palabras se dirigían á la ventura.

—Déme Vd. una luz. ¡Pronto una luz! ¡Quiero estar solo! ¡morirme solo! ¡prevenir solo! dijo sin mirar á Juan y con el acento de una excitación febril.

Nuestro cazador miró con sorpresa al recién venido, y una lágrima y una melancólica sonrisa surgieron de su corazón.

—Diego! pobre Diego! exclamó abrazándole.

—Quién es? dijo el otro separándose y frotándose los ojos como quien pretende alejar de sí un sueño. Ah! eres tú. Juan! mi querido Juan! Y otra lágrima y otra sonrisa aparecieron en el semblante de Diego.

Esta vez los dos jóvenes se abrazaron estrechamente.

—Y cómo has venido? preguntó Diego; eres ya capitán? Estás rico? has hecho suerte?

—Sí, contestó Juan: he traído de campaña mi licencia y una pierna rota.

—Cómo ha de ser! paciencia: también por aquí corre mala suerte, murió mi padre, mi madre, mis tíos, mis tías, mis parientes, y me he quedado solo; solo! comprendes tú el sentido de esta palabra, ¿solo!

—Pero ya debes ser bachiller en derecho.

—Debia serlo, pero ah! ahorqué los estudios. El *Jus Romanum* era para mí un narcótico insufrible, y el *Fuero Juzgo* una droga insípida y nauseabunda. Y luego, yo no he nacido para el foro judicial. Me sentía arrastrado de una manera irresistible hacia otro foro donde brotan laureles y oro: necesitaba una corona para mi frente y un tesoro para mi bolsa. Fuera los Comentarios, me dije: ¡muera Cicerón! viva Platon y Aristóteles! Y sin meditar mas, arrojé fuera de mí la toga para apoderarme de la carátula cómica y el coturno trágico. La risa, el llanto, las sensaciones, los aplausos, el foro escénico. Oh! esa, esa es la inmortalidad, la fortuna.

Juan miraba con ojos desenchajados á Diego temiendo no se hubiese vuelto loco.

—Tú no me comprendes, alma vulgar. Tú no sabes lo que es ver un anfiteatro henchido de espectadores que escuchan con una religiosa atención los versos divinos y sonoros del poeta que canta el cómico en el proscenio; no sabes lo que es ver ondular esa multitud arrastrada por el interés y las tremendas situaciones de la tragedia, levantarse y lanzar un millon de palmadas y otro millon de entusiastas ¡bravos!

Evidentemente Diego hablaba de memoria.

Juan casi no le escuchaba.

—Pero en fin, dijo el joven ex-cazador del Rey, ¿qué sacamos en limpio con tanta palabrería? ¿eres rico?

—Rico! ¡Cervantes murió asesinado por su siglo! ¡El Tasso murió loco! Yo, que no soy ni Cervantes ni el Tasso, soy mas desdichado que ellos. ¡Mira!

Y Diego, con un ademan altamente trágico, sacó de debajo de su sutil manteo una caja de carton que puso sobre la mesa.

Juan temió que aquella caja fuese la de Pandora.

—Mira, repitió Diego, y sacó de la caja un manuscrito sobre el cual, con la expresion del mas profundo dolor, colocó algunas astillas de enebro y una navaja de media cuchilla.

—Y bien; ¿qué significa esto?

—Esto es un sarcasmo viviente, un apóstrofe, una historia.

Esta que ves, tragedia desdichada,
Por mí entre sueños de ambicion escrita,
Con mondadientes yace deshonrada.

—¡Diego! ¡Diego, por Dios! ¡estás loco! Vamos, cálmate, que para algo mas importante te envia la Providencia junto á mí.

—¡Mas importante que mi desesperacion y mis lágrimas! Ay! ¡Si tú comprendieses lo que sufre tu amigo, tu hermano Diego!

El joven habia dejado su tono declamatorio, y sus palabras rebotaban impregnadas de dolor de su corazon.

—Yo he escrito, porque escriben todos, Juan, continuó con desaliento; he escrito para vivir; es decir, pensando en vivir: con mi talento he escrito, porque necesitaba algun dinero para unirme á una mujer á quien amo. A tu hermana, Juan, á Teresa.

Los ojos de Juan brillaron de una manera extraña.

—Yo nada tenia; aquí, de noche, junto á ella, mientras hacia flores, yo escribia versos; cuando habia concluido una escena, se la leia, y ella la encontraba arrebatadora, sublime.

Yo creí tener con mi tragedia un tesoro, y la llevé al galan de la compañía del Príncipe, á quien convidé á beber vino en la taberna de Majaderitos. Mientras empinaba, me dijo que era una cosa excelente, que la leeria á sus compañeros, y que era indudable que me pagarian por ella doscientos ducados, sin contar lo que me ganaria con la impresion. Alentado con esta esperanza me declaré á tu hermana...

—Y ella?.. preguntó con interés Juan.

—Me amaba ya. Desde entonces trabajamos juntos. Pero pasaron seis meses. Los escasos ahorros que me dejaron mis padres concluyeron; mi comedia no se leia. Llegó un dia en que no tuve pan, y si alcancé un lecho para dormir á su abrigo, fué merced á la caridad del tio Pedro el Ciego. Muchas veces, cuando volvia desesperado, encontraba junto á esa mesa á Teresa, velando y triste; siempre habia al menos un pedazo de pan: "eso es para tí," me decia; yo creia que el ser orgulloso con un ángel era cometer una falta, y comia mi pan mojado con mis silenciosas lágrimas. Entonces pensé en trabajar; pero despues de haberme afanado en vano por encontrar una profesion honrosa, héme aquí empleado en fabricar mondadientes, pobre, desesperado, adquiriendo apenas para un pedazo de pan duro y una sardina.

—Pues bien, dijo Juan despues de un momento de silencio, olvida eso y piensa en el porvenir; si Teresa te ama, os casareis al momento.

Diego dió un salto de alegría.

—Pero antes es menester que me ayudes en un negocio delicado.

—¿Y cómo si te ayudaré! ¿de qué se trata?

—Siéntate y busca papel.

Diego se sentó y sacó papel del cajon.

—Escribe.

—Escribo.

"Excmo. Señor.—Se atenta contra vuestra vida, contra el rey y contra el Estado; remito á V. E. las pruebas de mi dicho. Importa que esta noche venga V. E. con fuerza armada, que debe recatarse, á la guardilla de la casa número 120 de la calle de Atocha.

"Por los adjuntos documentos se enterará V. E. que quien le escribe es hijo de vuestro amigo el conde de Campo Rojo."

Diego, aunque con continuas interrupciones y frecuentes observaciones, escribió la comunicacion que le dictó Juan. Este firmó. Incluyó los papeles que arrancó á Pedrillo, cerró, y puso la direc-

cion: "Al conde de Campomanes, fiscal del Consejo de Castilla."

Después hizo escribir á Diego una carta para Angela. Estaba concebida en estos términos:

"Querida Ángela: Al salir huyendo de tu tío por las guardillas, he caído, y estoy cerca de la muerte; antes de morir quiero tener el consuelo de verte por la última vez. Te espero en la guardilla de la casa número 120 de la calle de Atocha, que es la misma en cuyo cuarto principal vives, á las once y media de la noche, hora en que podrás verme sin testigos. Tu desgraciado amante,—
JUAN."

Puesta la dirección á esta carta, Diego se encargó de llevarla, como la otra, á su destino, y salió.

CAPITULO VI.

TERESA.

Quedó Juan entregado á cien opuestas sensaciones; se encontraba trastornado; iba, venia, meditaba, y tenia miedo del resultado de aquella intriga.

Media hora después de haber salido Diego, llamaron á la puerta, y entró una joven. Su traje era el de las costureras y modistas de entonces; pero la joven que presentamos á nuestros lectores no era de expresión resuelta y picaresca, como en general aparecen las grisetas de hoy; era, por el contrario, la imagen del candor y la pureza, encerrada en una basquiña, un pañolón de abrigo y una modesta mantilla.

Juan sintió latir su corazón violentamente al reconocerla, porque era su hermana. Teresa dió un grito al reconocer á su hermano, y le cubrió de besos y de lágrimas.

En aquel momento llamaron estrepitosamente á la puerta y se oyó la alegre voz de Diego que gritaba:

—¡Eh! ¡cuidado! ¡no apretar tanto! ¡pésia á la fraternidad! ¡abrid pronto ó me entro por el ventanillo!

Y Diego asomaba sus narices por el que estaba abierto en la puerta. Juan le abrió.

—Las cartas están entregadas ámbas en mano propia, y héme aquí.

—Pues bien, dijo Juan; sentaos y escuchadme.

Teresa, impresionada por el acento grave de su hermano, se sentó no sin preparar su labor junto á la luz.

—No se trata ahora de trabajar, Teresa. Quiero que me contestes á lo que voy á preguntarte. ¿Amas á Diego?

La joven se puso encarnada como una guinda, y lanzó una mirada de reconvención á Diego.

—¿Qué si me ama? dijo este; ¡cierto es que sí! ¿no es verdad, Teresa? se sonrie, ya lo ves.

—Sí, le amo, dijo tímidamente la joven.

—¿Y Diego ha observado contigo una conducta respetuosa?

Diego dió un salto en su asiento y miró ofendido á Juan.

Teresa se levantó, y dijo con una majestad propia de una reina:

—Si se hubiese permitido la mas insignificante libertad, hermano mio, no hubiéramos vivido un solo momento mas en una misma casa.

El cazador del Rey sonrió melancólicamente, desabrochó su casaca y se despojó de un cinto que vació sobre la mesa.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

De la minoría de los reyes sobrevienen á los pueblos gran número de trastornos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

